



**VISIBLE
MENTE**

ÍNDICE

Presentación	3
Deudas	4
El día del amigo	5
El Formulario	6
El canto de las golondrinas y el silencio de los gavilanes	7
La foto que tomó papá	8
La maldita ciudad era la misma	10
Las rodillas sucias	11
Las tortugas	12
Los hombres que no miran a los ojos	13
Sola	14
Sueños en verde oliva	16
Vigilia	18

Los textos presentados en la siguiente exposición fueron redactados por el grupo Las Troyanas, conformado por estudiantes de la Universidad de los Andes. Por medio de la lectura de varias denuncias de violencia sexual y del diálogo establecido con las mujeres de la corporación Mujer Sigue Mis Pasos, se realizó un análisis comparativo entre los diferentes casos para encontrar y entender los aspectos más comunes y recurrentes en todos esos testimonios, tales como: la persecución política, la violencia sexual como forma de castigo, el silencio de la víctima, la ineficiencia del Estado colombiano para prevenir y reaccionar ante tales casos, entre otros. Una vez hecho eso, se escogió un aspecto, o varios, para reescribir el testimonio alrededor de él. El objetivo final de este ejercicio de lectura y de reescritura consistió en poder articular un relato de manera que el lector, al poder alejar su atención de los detalles más escabrosos, pudiera atender al relato de principio a fin y entrever los factores que posibilitan la violencia sexual en nuestro país.

DEUDAS

Yo no sentía deberle nada a ningún grupo armado, me dedicaba a servirle a Dios y a la comunidad. Pero me vinieron a buscar. Llegaron al pueblo preguntando por mí, llegaron preguntando con mi nombre propio. Llegaron porque alguien les dijo, nunca supe quién, que yo era miliciana. Llegaron para raptarme, para golpearme, para insultarme. Llegaron para que confesara a cuál grupo pertenecía. Pero me les volé.

Entonces, en otro pueblo, en otro año, me vinieron a buscar los otros. Andaban de civiles y aparentaban andar en busca de fiesta. Pero llegaron preguntando por mí. Me dijeron que me iban a matar. Me dijeron que me fuera para lo más hondo, para lo más oscuro, que me iban a matar.

"Si me va a matar, hágalo acá que lo mismo me da morir en lo oscuro que en la luz"- dije.

Pero no venían a matarme. Me llevaron a lo más hondo, a lo más oscuro, pero no a matarme. Me llevaron a lo más hondo, a lo más oscuro, pero para hacer lo que quisieran conmigo. Y cuando acabaron, también me les volé, me fui lejos de mi casa y de mi familia, una vez acabaron.

Yo no sentía deberle nada a ningún grupo armado, me dedicaba a servirle a Dios y a la comunidad. Y aún así, llegaron preguntando por mí.

————— *Lucía Gallón*

EL DÍA DEL AMIGO

Era el día del amigo,
era el amigo de mi hermana,
de uniforme camuflado.
Era el día del amigo,
el amigo vestido de guerrilla.

El día que sonreía
fue el día que festejaba
la fiesta de mis amigos:
corrí a hacer chichí
un día que tomé
y sonreí.

El día que sonreía
fue el día que festejaba
la fiesta de mis amigos:
el baño estaba lejos,
y yo tenía una chaqueta encima.

Callar es poder mostrar la sonrisa.
Callar es verse bonita.
Las miradas de los amigos
hacen caer
el silencio
con una sonrisa.

El día que sonreía
fue el día que festejaba
la fiesta de mis amigos:
le pedí a ese amigo,
el día del amigo,
que me acompañara
a hacer chichí.
Como amigo.
Nunca le pedí
favores
ni que mostrara los dientes
tan cerquita
de mi cachete.

*"Calladita, así calladita,
te ves más bonita",
muerde, ladra, babea
el amigo de mi hermana.*

El día que sonreía,
el día que festejaba
la fiesta de mis amigos,
tuve tanto calor que se me cayó la
chaqueta
en el camino.
Él fue el calor: el amigo con colmi-
llos,
el mejor amigo del hombre.

El rincón del baño
tiene arañas en la esquina.
Calladita te ves más bonita: calladita
las ves de cerquita.

Otro día que sonreía
fue otro día donde miraba
el día de la muerte:
ya no corría a hacer chichí
sino a ver el hoyo
de algo con cuatro patas
que cayó
enrollado en el uniforme.

La fosa tenía un perro
y el perro ya no le ladraba
a nadie.

————— *María Eugenia Lombardo*

EL FORMULARIO

Yo siempre he sido una campesina muy rara. Miré hacia abajo y vi que decía "Formato único de noticia criminal". Me quedé mirando las letras sobre el papel y me puse a recordar cómo había llegado hasta aquí. ¿Por qué cuando me amenazaron yo volví a acudir al Estado a pesar de que nunca me dieron garantías reales? Me di cuenta que algunas letras estaban corridas en el formulario, como si hubieran sacado las fotocopias de afán. Fue ahí cuando comencé a entender porqué yo sentía un vacío en cada proceso, en cada conversación con el Estado. Me decían que no habían podido reunirse. Que tenían mucho trabajo. En últimas, que no había tiempo. Y eso era lo que yo necesitaba. Sí, tiempo.

Antes de venir aquí me reuní con mis compañeras. Conversamos toda la tarde, comimos empanadas y tomamos tinto. Fue con esas conversaciones que yo comencé a llenar el vacío que había sentido al pasar por estos procesos, donde nunca había un interés real por lo que uno decía. "Limítense a los hechos relevantes", me decían. Yo ya estaba acostumbrada a esa manera de contar lo que me había pasado. Historias incompletas, historias vacías. Historias donde todo se reducía a tres palabras que se escribían en el formulario, "Acceso carnal violento". Con mis compañeras pude contar los hechos "irrelevantes", los que eran los más importantes. Esas líneas que quedaban sin llenar en el formulario, las llené por medio de conversaciones auténticas.

"Su cédula", me dijo. La miré y me pregunté en silencio por qué había comenzado a hacer toda esta reflexión. Le pasé la cédula rápido porque me estaba haciendo mala cara por demorada. Me miré el dedo índice que tenía manchado por la huella y me di cuenta de que yo me estaba haciendo estas preguntas y que a pesar de todo estaba haciendo estas denuncias, porque la verdad es que yo siempre he sido una campesina muy rara.

————— *Angélica Cocomá*

EL CANTO DE LAS GOLONDRINAS Y EL SILENCIO DE LOS GAVILANES

Al noreste del Cesar, en la Jagua, realzan cedros y laureles, florecen almendros y algarrobos, susurra el canto de las golondrinas y retumba el imperio de los gavilanes. ¿Quién sabe ya cómo era La Jagua antes de que los gavilanes se enamoraran del canto de las golondrinas?

Tan insólito fue el amor de los gavilanes que se alzó en ellos ansiedad por apropiarse del canto de las golondrinas. Con ello, el amor de los gavilanes pasó a ser codicia, y el canto de las golondrinas, que era libre, pasó a ser prisionero de la avaricia de los gavilanes. Así, se marchó el amor de La Jagua.

Aún recuerdo la vez en que una osada golondrina quiso dejar de cantar a su gavilán. Cuando éste se enteró, la raptó de un bandada de golondrinas que cantaban y volaban en círculo anunciando el hallazgo de un lugar para el nido. El gavilán la llevó hasta el cedro donde se reposan los gavilanes que escampan el invierno. Justo en ese instante, un gavilán plumizo se acercaba a la horcadura del cedro.

Los gavilanes plumizos habían llegado desde el norte a la Jagua con el pretexto de establecer un orden. Quién no los obedeciera terminaba haciéndolo, y quien por su peculiaridad discrepara con ellos terminaba ausente. Así, fueron desapareciendo los gavilanes y las golondrinas que no estuvieran de acuerdo con el nuevo orden de los gavilanes plumizos.

Pues bien, el día en que la osada golondrina quiso dejar de cantar a su gavilán, éste pidió al gavilán plumizo que la llevara al norte. La golondrina, de una vez, vio la intención del gavilán plumizo. También la vieron todos los gavilanes que se reposaban en el cedro y hasta la vio su propio gavilán. Pero todos guardaron silencio porque eso suelen hacer los gavilanes durante el invierno.

El gavilán plumizo llevó a la golondrina hasta un cultivo de almendros en la frontera con Venezuela. Cerca al cultivo, una bandada de gavilanes volaban a baja altura en busca de pequeñas aves para la caza. Estos también vieron la intención del gavilán plumizo. Pero todos guardaron silencio porque eso suelen hacer los gavilanes durante el invierno. Luego, el gavilán plumizo obligó a que sonara el pueril canto de la golondrina y ningún pájaro hizo nada para impedirlo, pues los pájaros no cantan en el invierno.

Que insólito es el amor de los gavilanes por las golondrinas, pues unos se han habituado a lastimarlas y otros a guardar silencio en presencia del agravio. Pero lo que ignoran los gavilanes es que de perdurar con la insolencia, también se marchará de La Jagua, con el amor, el canto de las golondrinas.

————— *Santiago Vargas Acevedo*

LA FOTO QUE TOMÓ PAPÁ

Ahí donde corren las niñas, bajo el sol de las tres, de las tres de la tarde, Felipa se cayó por pisar una tapa de gaseosa. Una tapa de gaseosa. Como las que llenan de colores la foto esta. Ésta. Esta foto llena de colores que te muestro.

Bajo el sol de las tres de la tarde había cientos de tapas; por cada rodilla de cincuenta niñas más como Felipa: cincuenta Felipas que en su vida habrían tomado, no sé, más de cincuenta gaseosas para después terminar cayendo de rodillas contra cien tapas de las botellas. Tapas por doquier.

Tapitas por doquier. Como las que llenan de colores el suelo en esta foto, ésta. Esta foto llena de colores que te muestro.

Los nuevos papás del pueblo llegaron a poner relámpago: del trueno sabemos más

los que callamos la luz de estas cámaras llenas de fotos.

Y las bocas de las Felipas, esas que tomaron muchas, muchas gaseosas, las bocas de todas las niñas llegaron todas a las bocas de los papás. Ellos vinieron por la carretera llenos de motos, de motos que rugen, de motos que dejan a la tarde ciega y sin madre. Llegaron al pueblo a imponer con relámpagos el orden... de los papás.

Llegaron y se llevaron a las Felipas, a todas las niñas. Llegaron y un día empezaron a ponerlas de rodillas sobre las cienmil tapas de gaseosa: tapitas hay que sobran para todas las rodillas, de todas, toditas, para todas las niñas son todas las tapitas.

Ahí afuera, en la plaza, donde corrían las niñas, bajo el sol de las tres, de las tres de la tarde, La foto muestra

una casa llena de tapitas de colores. Mira bien. Las Felipas corrían a las tres de la tarde hasta que se pusieron de rodillas y no corrieron más.

Papá, aquel. Hombre de mano dura. Hombre del relámpago. Una tapa de gaseosa se vuelven cien, cienmil tapas, cuando todos los del pueblo les lavamos los dientes a los nuevos padres del poder. Y es que los nuevos papás del pueblo, de la plaza, de la casa, del clima y del porvenir, llegaron a imponer el relámpago: es que de los truenos sabemos más los que los callamos, los que quemamos las fotos después de un arsenal de dolores

sin acabar. Papá, aquel,

el que llegó para mostrarle a Felipa cómo arrojarse con la ropa, la ropa chiquitica, de niña, que está en el piso de la foto, que hace del suelo una mejor alfombra.

Mira mejor los colores de la foto. Ésta. Esta foto que te muestro. Una tapa de gaseosa. Como las que llenan de colores la foto esta. Ésta. Esta foto llena de colores. Mira bien, mira mejor esta foto llena de ropa suelta de otras niñas, de todas las Felipas de mi pueblo. Esta foto llena de alfombras, de alfombras de colores que te muestro.

————— *María Eugenia Lombardo*

LA MALDITA CIUDAD ERA LA MISMA

El maldito pueblo era el mismo. Los caminos cortos, el suelo seco, los hombres trabajando y las mujeres tiradas, ahí, todas bonitas, linditas, dispuestas a darle a uno todo. Pero ella no era así. En el Bagre las mujeres no eran como ella. Esa hembra no era así.

Yo sabía que su esposo se había ido. Yo sabía cómo entrar, al fin y al cabo era techo de zinc. Yo había pensado entrar desde antes. Ya la había visto una noche, y yo tenía ganas. Yo necesitaba eso que ellas le dan a los machos como yo. Pero ella era esquiva. Dizque porque su esposo la amaba y sus dos hijos eran todo lo que tenía. Yo estaba y el esposo no. Yo quería y ella no. Pero yo tenía ganas.

Esa noche salí y tome unas polas con los socios. Me aburrí a eso de la una de la mañana y me fui hasta su casa. Sabía que ella estaría ahí, sin esposo, ni guardián, ni policía. Ella estaba ahí y yo con ganas. Pero ella era del Bagre y no me iba a dejar.

Era de noche y yo con ganas. Me metí por arriba, con un cuchillo por si algo, por si no se dejaba. Porque las hembras son así. Toca enseñarles. Quité la tapa de Zinc e hice lo mío.

Me puse una máscara como esas que usan en las películas en la tienda de Don Félix. Ella dormía con sus hijos y yo con ganas. Entré y ella acostadita. La empecé a desvestir, toda suavcita ella, toda antipática, no se dejaba y me tocó amenazarla con los hijos: "que si no colaboraba se los mataba". Directo y duro, como hombre, y yo con ganas. Al final hice lo que vine a hacer.

Salí y ella no vio nada. La había desvestido y la había hecho mujer.

Pensé en sus niños, quizá vayan al colegio con mi nena, mi niña. ¡Esa maldita peleó mucho! A lo mejor se merecía una muenda. Pero yo ya no tenía ganas.

Libardo Andrés Gómez

LAS RODILLAS SUCIAS

Me acomodé la sudadera y me sacudí la tierra de las rodillas. Cogí el balde y salí corriendo hacia donde estaba mi hermana. Ya llevaba rato llamándome y no quería que se asustara.

— Mana, ¿qué era la demora? ¿Qué son esas rodillas todas puercas?

— Me caí. Usted sabe que esa loma es traicionera. Y como iba bien cargada se me regó toda la comida.

— Y ahora... ¿qué vamos a hacer con las vacas? —. Yo sólo alcé los hombros.

Me senté bien despacito en la banca para empezar a ordeñar la vaca. Me dolía mucho.

— Bien duró se pegó. Parece chuchumeca.

— Sí. No se ría. Me quedaron doliendo las rodillas.

Cuando veníamos con la leche, mi hermana vio el lugar donde se me derramó la comida de las vacas.

— ¿Aquí fue?

— Sí.

— Ni modo. Será que papá vaya al pueblo estos días.

Mi hermana siguió de largo y yo me quedé un rato viendo el sitio. Mis rodillas habían desprendido la hierba al caer; ahí se veía la marca. El concentrado de las vacas, café, había caído todo a un lado. Me lastimé la mano al caer sobre la cubeta. Delante de las marcas de las rodillas, se veía dónde me había agarrado con las manos. Las manos me quedaron verdes, de tan duro que cogía la hierba.

— ¡Venga! No se quede atrás. Quiera Dios que no vuelva y se me caiga.

Subí los ojos antes de seguir a mi hermana. Me encontré con la mirada de un espanto, el mismo espanto. Corrí tratando de no regar la leche. Se me vinieron las lágrimas a los ojos. Ojo va y dice algo. No sea que le pase lo mismo a su hermana. Me tragué las ganas de llorar. Juntas nos fuimos para la escuela. Ese día no me dieron ganas de entrar a la clase.

María Daniela Zuluaga

LAS TORTUGAS

Las tortugas tienen un caparazón para esconderse en cualquier lado.
Si yo también tuviera uno, no habría pasado nada.
Si yo fuera fuerte, como el león, habría peleado.
Pero no, hermana, el espanto bajó del barranco, me cogió, y yo grité asustada.

No, no, yo sé que ahí mismo no le dije nada de eso.
¿Pero y qué le iba yo a decir?
Cuando hablo de eso siento la boca como un cuero tieso.
Igual, nadie sabe qué decirme. Oiga, venga, ¿quiere salir?

Podemos ir al potrero a jugar.
Bueno, bueno, aquí también se puede, ¿a qué jugaríamos?
Juguemos a los dinosaurios que salen a cazar.
¡No sea boba! Yo sé que no hay dinosaurios, pero imagínese cómo asustaríamos.

¿Y a los pájaros? ¡Ellos pueden volar muy muy alto!
En el cielo nadie los alcanza.
¿Qué tal jugar al guepardo que aparece de un salto?
¡Corre muchísimo! Es el que más rápido avanza.

En la escuela hay un libro de animales con la foto de un elefante.
Siempre la veo y nunca deja de asombrarme.
Yo nunca tendría miedo si fuera así: gigante.
Así, si volviera el espanto, yo sí podría cuidarla a usted peleando, en vez de callarme.

¡Ay, la tarea! ¿Usted ya la hizo? ¡Casi se me olvida!
Mire que la profe ya no me regaña cuando miro por la ventana,
pero, ¡qué tal que me regañe si no llego con la tarea aprendida!
Bueno, bueno, sí, la podemos hacer mañana.
¿Qué es ese ruido? ¿Ya llegó mi ma? ¿No? ¿Se fue adonde?
Ahora ella va mucho a la iglesia, y oigo que, cuando reza, le pregunta a Dios
eso por qué tenía que pasar.
Yo creo que Dios no le responde,
y creo que es porque Él tampoco lo puede explicar.

Si yo pudiera, sería una tortuga y me escondería.
Si yo pudiera, correría como el guepardo sin parar.
Si yo pudiera, como los pájaros volaría.
¡Ay! Ya... Venga, ¿por qué no salimos a jugar?

————— *Diana Jimena Martínez*

LOS HOMBRES QUE NO MIRAN A LOS OJOS

¿Alguna vez ha notado el ruido que hace la lluvia sobre las tejas? Se parece mucho al sonido de los pasos de los hombres de la guerra. Pero, no cuando están en la guerra, sino cuando encapuchados salen a dar un paseo. Cuando llueve, no se sabe si viene de la guerra un hombre encapuchado. La lluvia esconde a los hombres de la guerra... Por eso a mí no me gusta la lluvia...

¿Alguna vez ha intentado pedirle a la lluvia que no llueva? Es una petición en vano. Ella llueve si quiere llover y para si quiere parar. Y si la lluvia está aburrida, embriagada o, Dios lo impida, apasionada, es capaz de desbordar el Río Nechi sólo para ver inundados el asfalto del Bagre, las polvorientas calles de Buenos Aires y todas las cosechas de arroz del Bajo Cauca... Por eso, la lluvia es como los hombres de la guerra.

¿Alguna vez ha pensado por qué hay unos que son como la lluvia y otros que son como las cosechas de arroz? ¿Qué pueden hacer las cosechas si la lluvia las devasta? ¿Quedarse tumbadas sobre la tierra, o reponerse y volver a crecer como las que se convierten en arroz? Si la lluvia quiere, puede dejar a las cosechas crecer... Por eso la lluvia es como los hombres de la guerra.

¿Alguna vez ha notado que los hombres de la guerra no miran a los ojos? Yo creo que tienen miedo de sentir, en las miradas, el miedo de las personas que van quedando en su camino. Yo creo que no miran a los ojos porque les da miedo. Y cuando no miran a los ojos, los hombres de la guerra no sienten compasión. Cuando no miran a los ojos, los hombres de la guerra son como la lluvia devastando las cosechas de arroz... Por eso a mí no me gusta la lluvia.

————— *Santiago Vargas Acevedo*

SOLA

Estaba sola como era usual. Se puso a arreglar la loza y, al recoger un tenedor que se le había caído, se acordó del día en que la niña llegó a la casa. Estaba de mal genio, rebelde incluso, y un poco triste, pero no le puso mayor atención. A veces la niñas pueden ser difíciles de manejar, había pensado en aquel entonces. Ese día le sirvió la comida y ella le tiró la loza. Esto sí está raro, pensó, su niña nunca había sido así de insolente. Sacudió la cabeza e intentó concentrarse en los platos. Siguió recogiendo la loza y abrió la llave del grifo, pero era inútil. Por más que limpiara el mismo plato, el recuerdo volvía. Ella, en ese entonces, a veces se preguntaba porqué le había tocado una niña tan difícil. Siempre que le preguntaba qué le pasaba a su hija parecía como si le quisiera decir algo pero nunca decía palabra alguna. A veces ella pensaba que su hija se ponía así por las peleas que tenía con el papá, pero ella le decía que eso era normal, que eso pasaba en todas las casas.

El agua estaba helada y sus dedos le dolían por el frío, pero siguió lavando con la esperanza de olvidar lo que había sucedido, de dejar todo limpio. Pero no podía limpiar el día que su hija le tiró la loza. Ese día se tenían que arreglar para ir a la misa de su abuela, tenían afán. Pero cuando la niña entró a su cuarto, ni siquiera se había puesto el vestido. Estaba llorando, desarreglada y le comenzó a contar lo que había estado pasando. Lo que pasaba todos los días mientras que ella se iba para el trabajo y dejaba a sus hijos solos con el papá. Ese día no pudieron ir a la misa.

Se secó las manos pero aún las tenía muy frías. Comenzó a sentir una presión en el pecho al acordarse de lo que pasó después. Ahí fue donde comenzó la verdadera tragedia. Se fue para la policía, y le dijeron que tenía que llevarse a la niña a donde la tía y que tenía que seguir viviendo con el papá como si no hubiera pasado nada. Apretó un vaso con fuerza, casi se le resbala. ¡Como si no hubiera pasado nada! ¿Cómo podían pedirle eso? Siguió acomodando los vasos y la presión en el pecho se hizo más fuerte. La culpa. Sentía un enorme vacío dentro de sí por jamás haberse imaginado que algo así estaba pasando bajo su propio techo. Sentía que ella lo había permitido.

Se fue a buscar un limpión para secar la loza y se quedó mirando el patio. El patio era el lugar por donde se metía el papá de su hija. Después de que ella ya había puesto la denuncia le dijeron que lo iban a capturar pero él seguía viniendo. Nunca hubo captura. Con el limpión secó también una gota que le había caído en la mejilla y siguió arreglando la loza. La organizó muy rápido porque solo quería terminar. Quería dejar de recordar las historias que le evocaban los objetos de la casa que no podía limpiar. Sin importar cuánto lavara, el mugre no se iba ni la loza se secaba.

Terminó de arreglar pero siguió recordando. Recordó que él la llamaba a decirle que nunca lo debió haber denunciado. Le dijo que él tenía contactos en la Fiscalía y que sabía todo sobre el proceso en su contra. Cuando llevó a su hija a Medicina Legal, le dijeron que si las niñas no decían nada durante mucho tiempo, eso era porque les gustaba. Que eso era muy normal que las niñas se lo pidieran a los hombres. Ella no podía creer que le dijeran eso. ¡Que eso es normal! ¡Que le gustaba! Ese vacío con cada etapa del proceso se hacía mas grande y la presión en el pecho iba creciendo poco a poco. El padre tenía razón, nunca debió haber denunciado. No hubo captura, no hubo seguimiento al proceso, no hubo una atención adecuada por parte de Medicina Legal y el padre hoy está trabajando en Barrancabermeja. Se sintió sola. Si el Estado no la ayudaba, ¿a quién más podía acudir? Si ni ella ni el Estado pudieron defender a su hija, ¿quién podría entonces?

Ya había dejado todo limpio, o eso se decía a sí misma, pero no se podía quitar el vacío, el sentimiento de soledad. Se fue a visitar a sus hijos y la casa se quedó sola.

————— *Angélica Cocomá*

SUEÑOS EN VERDE OLIVA

Al llegar noté que el viejo letrado de la casa de Constanza seguía intacto: *“Si no quiere llorar, ¡Mejor aléjese!”* Ella siempre decía que todos sus sueños eran de color verde oliva manchado.

La viejita siempre nos contaba historias fantásticas. Ella nos enseñó a escuchar a los caracoles. Constanza siempre decía que los animales eran mensajeros del otro mundo y se sentía orgullosa porque siempre acertaba en sus predicciones. Ella siempre nos advirtió del mal que estaba creciendo a nuestro lado. A la pobre nadie la escuchaba. Gritaba y el cielo era el único que la escuchaba.

Un día me contó el sueño que la atormentaba. Ella me advirtió del cielo teñido de rojo y el hedor a odio en el pueblo de Palmitas. Empezó a decir que la ley había abandonado al pueblo y que algo peor que el diablo se instalaría en Palmitas. Todos sus sueños eran de color verde oliva manchado. En su sueño todas las mariposas se morían.

Yo sabía que el peligro siempre había existido pero nada me prepararía para lo que pasó, ni siquiera los sueños de Constanza. Los saltamontes verde oliva empezaron a apoderarse del pueblo y de la vida de todos. Eran grandes, pegajosos, terribles y siempre que llegaban se llevaban a uno de mis vecinos con ellos. Muchos no regresaron. Constanza dejó de contar sus historias y todos empezamos a vivir encerrados. Yo me sentía viviendo en una gran jaula. El mundo cambió.

Por culpa del miedo a los saltamontes no me di cuenta de que en nuestro pueblo ya no teníamos alcalde, ni gobernador, ni concejales, ni policía o ejército que nos pudiera proteger. Los saltamontes nos decían sus reglas y nosotros las obedecíamos. Ellos gobiernan a sus anchas y poco a poco, como una enfermedad terminal que nunca se acaba, se convirtieron en dioses. Teníamos tanto miedo que empezamos a cambiar nuestros atuendos y mis amigos dejaron de hacer travesuras. Los saltamontes gigantes nos decían cómo vestir, cómo comportarnos y cómo vivir. Constanza intentó echarlos de su casa pero ellos siguieron ahí a pesar de todo. El verde se convirtió en el color oficial, realmente en el único color que se veía en el pueblo.

Constanza me recordó que la desobediencia tenía un precio. Yo no podía verlo pero en Palmitas se instaló la esquizofrenia. Fuerte, verde y eterna. De a poco empezamos a entender que la muerte era el precio que se pagaba al desobedecer a los saltamontes. Mi madre solía decir que los saltamontes tocaban acá y deshacían vidas allá; robaban mejor que los políticos y mentían mejor que los hombres de ley. Eran mejores en todo, incluso para matar. Esos dioses empezaron a depreciar a las mujeres. Ni madres, ni hermanas, ni hijas estaban a salvo. Ellos se llevaban a las mujeres y nunca regresaban igual. Todas mis amigas recibieron amenazas. Mis amigas indefensas y maltratadas solo seguían una regla: se callaban. Ellas permanecían en silencio porque decían que: *“cuando amenazan a la familia, uno lo que hace es callarse”*.

La última vez que vi a Constanza me contó que los saltamontes castigaron a dos niñas que jugaban fútbol por discutir. En el pueblo sabíamos que ellos se enteraban de todo. Ellos se aparecieron en la casa de las niñas. Las metieron en un cuarto, las mojaron, les pegaron, ellos vinieron a hacer lo que venían a hacer. Les gritaron, las escupieron y les pegaron con rudeza. Casi las matan. Lo bueno dejó de existir y lo malo fue la norma. Y así seguimos a pesar de las palabras. A ellos nunca les ha importado hasta que es muy tarde.

Eso fue lo que me narró hace muchos años una mujer llamada Constanza que nunca pudo vivir en paz por culpa de tantos saltamontes en Palmitas. Me gustaría decir que es un cuento pero es real. No es una fábula, es el infierno en la tierra. Esas heroínas siguen sin voz. Nuestro mundo es el mismo pero ellas lloran a sus esposos, a sus hijos, a sus hermanas y a sus padres.

————— *Libardo Andrés Gómez*

VIGILIA

No, comadre, yo tampoco puedo dormir. Sí, la tienda de enfrente está cerrada ya. ¿Oyó eso? Es que tengo un oído bien agudo. No, no pasa nada. Es que a veces volteo a mirar y siento que los voy a ver ahí parados. ¿Yo ya le he contado? ¡Me han seguido tantos años! Pero yo siempre me he podido escapar. Me voy. “De la Jagua a San Roque, de San Roque al Banco, del Banco a Arauca, de Arauca a Las Palmitas”, parece un trabalenguas. Aparecieron en todos esos sitios y seguirán apareciendo en otros sitios más. Mientras yo me sueño con ese día en la Jagua, siempre van a estar conmigo. ¿Que si me da miedo? Mire que no sé. No sé si sea sólo miedo. Es más bien que siento que siempre estoy mal acompañada.

Desde que mataron a mi marido, y se murió mi niña, estoy muy sola y a la vez mal acompañada. ¿Sí me entiende? No sé cómo explicarle. Ellos no se van. Pero yo creo que no soy la única que lo siente. Cada vez que alguien de la Jagua y de por aquí cierra los ojos, le juro que los ve. Ve los uniformes y las armas. A todos nos pasa, ¿no? Ellos saben todo de nosotros. Ellos lo ven todo en todas partes. ¿Cierto? No sé cómo explicarlo, pero se siente que están en todas partes. Desde que llegaron, nos dicen qué hacer y cómo hacerlo. Ellos deciden. Nosotros, en cambio, nos vemos obligados a verlos a ellos en todas partes. Cuando todo está en silencio, oímos lo que nos han dicho. “Matar un niño de esos es como matar un animal”. Por la noche aparecen como espantos y en la mañana se van. En la mañana nos toca pensar en vivir. Yo, en mi hijo, el que queda, y en su desayuno y su almuerzo. Usted en sus niñas. Así se pasa el tiempo.

Pero en las noches vuelve todo: cómo me cogieron en frente de los niños, la muerte pública de mi marido, el disparo en el hombro en la finca de mi mamá, y, claro, mi niña. Me hicieron separarme de ella y nunca la volví a ver. No me gusta que la gente pregunte por mí, porque creo que van a ser ellos. Dicen que son mi familia, que son mis amigos, y se consiguen información sobre mí. Pero míreme, aquí estoy. El hombro a veces me duele pero estoy enterita. Siempre que me han encontrado me he podido escapar... ¿Yo qué quiero? Una casita, un buen futuro para mi hijo, y vivir tranquila. Que si aparecen, sólo se aparezcan por las noches y en mi cabeza. Usted seguro piensa en sus niñas, y en que nunca les toque pasar por lo que a mí me tocó. Cuídelas. Mire que yo siempre estoy pendiente de ustedes... Otro ruido. Mejor entremos. Ya es tarde y mañana toca madrugar.

— Diana Jimena Martínez

VISIBLE MENTE

